



Pensamiento
y cultura

El liberalismo y el problema de la educación en Colombia.

OTTO MORALES BENITEZ

Este es un tema complejo, que difícilmente puede ser examinado en el término de una conferencia. Es material esencial, porque de lo que se piense de él, depende que clase de hombre vamos a formar. Lo que se determine en cuanto a las atenciones de la educación, indicará qué deseamos para la nación. El objetivo está relacionado, básicamente, con el destino de la nacionalidad. La comunidad, si no están claras las políticas educativas, va caminando sin rumbo fijo; estamos estropeando el derrotero social de nuestro pueblo y no damos oportunidad de expresión a los aspectos culturales que destacan la identificación a nivel regional y, luego, como suma de ellas, a la nacional.

Es bueno recordar algunos de los momentos culminantes en la formulación de una política para los estudios del país. Don José Manuel Restrepo nos recuerda la desolación de la Colonia y las perspectivas que abrió la Independencia: "El gobierno español en trescientos años, no dotó una escuela, y el republicano, en medio de los peligros de la guerra y del estruendo del cañón, trata de promover la enseñanza pública y de esparcir las luces por todas partes".

SANTANDER Y UNA POLITICA EDUCATIVA

Santander, desde el primer momento, explica los criterios que deben encauzar una verdadera política educativa. Sus ideas se centran en dos fines primordiales: que al acometerla, se haga con sentido integral, totalizador; que al realizarla, se le aseguren los medios económicos para que no sufra mengua en su desenvolvimien-

to. Sus palabras son orientadoras hasta el día de hoy. El dijo: "La educación requiere un plan uniforme y fondos suficientes para que pueda extenderse por toda la república hasta lograr que no se vea una sola parroquia sin escuela. . . ni una provincia sin casa de estudios". Y en otra oportunidad, acentuaba sus creencias: "El legislador granadino no puede menos sino querer que la educación pública sea homogénea y acorde con la marcha del siglo y con los dogmas políticos y sociales que profesamos". Y enfatizaba: "Que la educación pública se difunda y se contraiga a ilustrar el espíritu y disponer el corazón hacia la verdadera libertad".

Ese es el marco filosófico que él diseña para el progreso cultural colombiano. Desde ese momento, tenemos unos guías que son demasiado precisos en su alcance y sus propósitos. Allí no hay dudas. Cada vez que hemos perdido esos cauces, nos hemos sumergido en zonas de perplejidad cultural.

Santander fundó desde escuelas normales, hasta institutos navales. Su idea fué integral: no podía pensarse en lo educativo, si no teníamos las bases generales, donde el maestro, el profesor, cumplirían una tarea de expandir un pensamiento armónico sobre lo que debe ser el futuro del país. No se enseña para adornar, exaltar personalidades, singularizar algunos miembros de la sociedad. Con ella se desea despertar todas las virtudes básicas, que pueden estar dormidas, de un pueblo que debe manifestarse en vigilia de desvelos colectivos. Eso lo entendió muy bien el creador de la república.

SANTANDER Y SARMIENTO

Sería inútil dentro del espíritu de esta charla, tratar de indicar decreto por decreto, con los cuales Santander organizó un sistema educativo. Tal vez citando al Maestro Germán Arciniegas, alcancemos claridad acerca de la trascendencia de su obra:

"La República Argentina ha consagrado el más grande de sus monumentos, el monumento que se alza desde el corazón de todas las nuevas generaciones, a exaltar la memoria de quien figura con razón en primera fila entre los más grandes maestros del Hemisferio: Domingo Faustino Sarmiento. Creo que el nombre de Santander debe figurar en América a la par con el del gran argentino. Medio siglo antes de que el genial argentino realizara desde la Presidencia

de Buenos Aires la obra que tan envidiable puesto le ha granjeado en la consideración americana, Francisco de Paula Santander, en 1822 fundó en Bogotá, en Caracas y en Quito, las tres primeras escuelas normales de la América del Sur. Sarmiento fundó en 1870 la Normal de Paraná. Sarmiento vinculó su nombre al de la Escuela Naval que fundó en 1871, y Santander en 1822 fundó la Escuela Náutica de Cartagena, que ahora mismo vemos remozada. Sarmiento creó la Academia de Ciencias Naturales en 1873, llevando a la Argentina célebres misiones de sabios extranjeros; y con Santander, llegan a Colombia en 1823, Boussingault, Roullin, Bourdon, Rivero y Goudet, para presidir la fundación del Museo de Ciencias. Fundó Sarmiento en 1871 los Departamentos de Minería en los colegios de San Juan y Catamarca, y Santander inauguró la Escuela Nacional de Minas en 1823".

En el libro de Pedro Gómez Parra, "Santander (Ensayo Biográfico)", aparece relatado cómo éste, en detalle, indicó todo el sistema que debía primar en la educación en Colombia. Al efecto, allí se lee:

"Grande fué el impulso que dió Santander a la instrucción pública, primero por el decreto ejecutivo de 6 de octubre de 1820, y luego por las cuatro leyes de 6 de agosto de 1821, que dispusieron la aplicación a la enseñanza pública de los bienes de los conventos menores; el establecimiento de escuelas para niñas en los conventos de religiosos; el de colegios en las provincias, y el establecimiento de escuelas primarias para niños de uno y otro sexo.

"Por aquel decreto se dispuso que las ciudades, villas y lugares que tuvieran asignados algunos recursos propios, cualesquiera que fuesen, deberían establecer una escuela pública, pagando el maestro con los productos de aquel haber; que cada convento de religiosos sostuviera una escuela pública; que las parroquias y pueblos de blancos que tuvieran los 30 vecinos de que hablan las leyes de indias, debían tener una escuela pública costeada por los mismos vecinos, imponiendo el juez del lugar la obligación de hacer los cobros de las contribuciones y pagar al maestro; que en las escuelas debía enseñarse a los niños a leer, escribir, los principios de la aritmética, los de la religión y la moral cristianas, los derechos y deberes del hombre en sociedad y debía dárselos, además, enseñanza militar todos los días feriados y los jueves por la tarde.

"El artículo 9o. de ese decreto dispuso que "Los gobernadores po-

líticos darán las reglas de economía que deben observarse en las escuelas; prescribirán el castigo de la férula, y prevendrán que no se use el azote sino cuando los defectos de los niños denotaren depravación; para otras faltas, designarán castigos más decorosos, teniendo presente la diversidad de condiciones que debe haber entre los escolares y la diferencia de genios y condiciones; propondrán también premios a los que se condujeran bien y aprovecharen más y para ésto servirá también la milicia escolar en sus ascensos y grados, haciéndose oficiales a los más aventajados”.

“Y por el artículo 11 *ibidem*, se asigna a los gobernadores el cargo de directores de esos establecimientos de educación. “Ellos allanarán —dice— cuantas dificultades se presenten para plantearlos. De tiempo en tiempo los visitarán y se informarán de la conducta de los maestros, que, a propuesta de los vecindarios y cabildos, se nombrarán por los mismos Magistrados. El Gobierno y la República hará responsables a los gobernadores de cualquier descuido o negligencia que se notare en ellos en asuntos de tanta importancia”.

“Por aquella época fecunda se fundaron colegios de San Simón en Ibagué, de Santa Librada en Neiva, de Boyacá en Tunja, de Antioquia en Medellín, el Universitario del Socorro, el de Pinillas en Mompós, y se fomentaron los antiguos institutos de educación de Nuestra Señora del Rosario y de San Bartolomé en Bogotá, los de Caracas, Quito, Popayán y Mérida”.

Si quedara alguna duda, valdría la pena releer a don Salvador Camacho Rodán, quien dijo que Santander es, sin disputa, el fundador de la educación pública en Colombia.

LA REVOLUCION DE 1850

Es período especialmente importante de nuestra historia, el que corresponde al gobierno de José Hilario López. En él se produjo una verdadera revolución económica. Se liquidó el andamiaje colonial. En lo que se relaciona con la tierra, los impuestos, el manejo y creación de una hacienda pública, se obró dentro de las líneas republicanas. Se hizo evidente que la característica del Estado debe estar en salvaguardia de los grandes minoritarios de la sociedad. Don Manuel Murillo Toro tuvo mucha participación ideológica en ese gobierno. El Presidente López destacó el carácter y el espíritu con el cual se debía producir una intensificación en los aspectos

educativos e indicó qué debía mover al Estado para hacer ese esfuerzo. En su discurso de posesión, él dijo:

“Pienso que la enseñanza debe ser libre, pero creo también que el gobierno debe supervigilarla en su curso y encaminarla del modo más conveniente a las nuevas necesidades sociales”.

Y agregaba:

“En mi opinión, pues, la educación pública no debe confiarse sino a ciudadanos identificados con las instituciones y con los progresos de la civilización”.

Quedan establecidos, en esta declaración, varios principios fundamentales:

- 1o. La enseñanza puede ser libre, pero debe existir supervigilancia del Estado;
- 2o. Debe orientarse a las necesidades del país;
- 3o. El maestro y el profesor deben tener una identidad con los propósitos de una política general;
- 4o. Su misión está en concordancia con el proceso de la civilización.

PERIODO DE LOS RADICALES

Viene otra etapa medular en este avance. En 1870, en pleno período de los radicales, se logra dar una filosofía de la educación en Colombia. Ese año fué fundamental, porque planteó la urgencia de una vigorosa política educativa que arrancara desde el niño y culminara en los planes universitarios. En ese momento se adoptó el naturalismo en la formación de los párvulos y se oficializó la Universidad del Estado, al crearse la Nacional, en 1868, por Santos Acosta. Se desarrolló el espíritu general en el cual predominaba la creencia de que eran indispensables la elevación y dignificación del magisterio. No hubo, por lo tanto, parcelas del problema que se desconocieran.

Todo ese denuedo estuvo centrado en el Decreto orgánico de la Educación, que aparece inspirado en el Ministerio de don Felipe Zapata. Pero todos los expositores coinciden en indicar a su hermano, don Dámaso, como el verdadero autor de la iniciativa. Ellos trajeron una misión alemana para ampliar la formación de los maestros y profesores en los nuevos métodos de enseñar. La ope-

sición religiosa y política, tuvo poderosa ardentía. La misma que periódicamente se ha presentado en el país cuando se intentan modificar los cauces de la educación colombiana. Esa es una constante en nuestra vida democrática. Es apenas natural, pues se mueven demasiados intereses en lo que respecta a la educación privada, y de algunas organizaciones religiosas que es indispensable aceptar como un lote de los riesgos que se deben enfrentar al adoptar medios en beneficio de una cultura masiva en el país.

Don Luis de Greiff, en su libro *"Semblanzas y comentarios"*, indica al Presidente Salgar como el gran impulsor del "movimiento renovador en los métodos de enseñanza, de que fué don Dámaso Zapata el más activo y vigoroso impulsor". El recuerda que lo que relievaba ese período fue el querer que la educación se identificara con lo que se llamaba, en esa época, el alma nacional. Que la reforma educativa despertara a ésta en toda su dimensión moral; que le diera nuevos alientos para que se reflejara sobre todo el ámbito de la patria. Que ella cumpliera una misión integradora.

DON SANTIAGO PEREZ Y LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Cuando don Santiago Pérez se posesionó de la Presidencia de la República una de las visitas que recibió, fue la del Rector de la Universidad Nacional. Y no en forma privada, sino con intercambio de discursos. En esa época se quería destacar la misión universitaria como prioritaria en el proceso de la formación de los perfiles nacionales. La respuesta de don Santiago Pérez es conveniente que la leamos completa, porque ella implica una conducta del Estado frente a su máxima expresión cultural y revela la implacable batalla que adelantaban contra esos claustros. De suerte que el repudio interesado de una parte del país contra lo que ella significa, no es manifestación de esta época conturbada y difícil que vivimos. El Presidente Pérez decía:

"Señor Rector:

"La Universidad Nacional, de la cual vos habéis sido uno de los más asiduos y de los más inteligentes mantenedores, constituye realmente hoy el santuario intelectual del país. A ese santuario, debemos esperarlo, continuarán viniendo los hijos de todos los Estados a refundirse, si puedo decirlo así, en la unidad de la verdad de la ciencia y en la unidad de la verdad del derecho.

"Para llenar esa doble tarea, la Universidad Nacional tendrá la coo-

peración de todos los ciudadanos; y la del gobierno, podéis contar con ello, no se quedará una línea atrás de sus facultades legales.

“En cuanto al combate que se le da a este plantel, debemos esperar en la justicia del pueblo para creer que no será eficaz ni será duradero. Que sigan sus numerosos alumnos, al repetirse cada año por todos los radios del país, llevando cada cual por el suyo la justificación de una profesión útil y de una vida honorable, y las administraciones que hayan sostenido y las que sostengan este plantel serán bendecidas por haber alentado, como muy bien decís, el libre desarrollo de las ideas, haber ayudado a difundir los mejores métodos y conseguido el completo afianzamiento en la unidad nacional. Entre estas administraciones tengo la esperanza de que será contada, señor, la que se acaba de inaugurar”.

LA REGENERACION CONSERVADORA DE NUÑEZ Y DE CARO

En el período de la Regeneración conservadora de Núñez y de Caro, se hizo evidente un gran desprecio por el pueblo. Si queréis que no seamos tan enfáticos, entonces advirtamos que por un desdén, cautelosamente resguardado, y por una desconfianza, esa sí manifiesta. En ese tiempo político, nuestra incipiente democracia tuvo pocas oportunidades de manifestarse y menos de hacer análisis político. Hubo silencio; periódicos clausurados, confiscados, y destierro de la generación más brillante de escritores de esa etapa. Se acentuó el espíritu de grupo, de clase cerrada, en el manejo del estado.

Como síntoma, es bueno recordar que don Miguel Antonio Caro propuso la creación de un partido católico. Y que, por diversas circunstancias, el señor Núñez entregó el manejo de muchos de los problemas que correspondían al Estado, a una intervención activa del Clero. Todo culminó en el artículo 41 de la Constitución de 1886 que no era el más generoso para facilitar la libertad y la investigación intelectuales. El artículo citado decía:

“La educación pública será organizada y dirigida en concordancia con la Religión Católica. La instrucción pública costada con fondos públicos será gratuita y no obligatoria”.

Y la declaración constitucional es mucho más grave, sin personas el poder teocrático en el proceso político y social colombiano, hoy atenuado.

URIBE URIBE Y LA UNIVERSIDAD NACIONAL

Rafael Uribe Uribe, el 9 de agosto de 1911, presenta un proyecto "por el cual se reorganiza la Universidad Nacional" y el 23 del mismo mes y año, otro tendiente a la formación de un patrimonio para ella.

Estos proyectos tienen una singular importancia y es bueno que nos detengamos en su alcance. El primero busca crear toda una carta orgánica del gran instituto docente.

Lo que hoy se presenta como una novedad revolucionaria —el manejo de la universidad por los mismos claustros—, allí está previsto en minuciosa enumeración, al proponer la creación de un Presidente, un Consejo Superior, la Asamblea de Profesores, los Rectores de las Facultades, los Consejos de éstas. Y en detalle, se indica la manera de elegir las autoridades, la gente de los mismos claustros, sin interferencia gubernamental o política. Esa modalidad de autonomía que se proclama como de la más recia estirpe de izquierda, está ya en el patrimonio histórico del liberalismo.

Pero aún mas: siguiendo la tradición y la concepción del General Santander de que la Universidad debe tener sus propios recursos económicos, Uribe Uribe creaba unas rentas para ella mediante la utilización de tierras baldías. El caudillo liberal consideraba varios aspectos fundamentales:

1. La Universidad del Estado, necesita independencia económica para no tener dificultades con los gobiernos de turno.
2. Los claustros no ven interferidos sus principios de libertad de cátedra, de investigación y de identificación cultural con el país, por los ministros de turno.
3. Para el manejo de un gobierno autónomo, por los mismos claustros como dicen en la actualidad, se requiere que las aulas tengan asegurada su propia vida y no sea castigada la escogencia de determinadas autoridades para administrar su vida interna.

Como se desprende de estas consideraciones, hay toda una política diseñada para garantizar la independencia de cátedra y de investigación de la Universidad. En un congreso de mayoría conservadora, la iniciativa no culminó en su aprobación.

AGUSTIN NIETO CABALLERO Y SU CONCEPCION DE LA ESCUELA

No podríamos dejar de destacar lo que significó don Agustín Nieto Caballero en los grandes cambios en la educación en Colombia. Él, fué el abanderado de la escuela nueva. Esta tenía una sola tendencia que era favorecer la investigación del educando. El niño, dicen los epígonos de este sistema, es un ser que está indagando permanentemente. Es un investigador nato. Él busca descubrir cada cosa. La educación nacional, y en general en el mundo, le dice no a ese espíritu de examen, de exploración que lo caracteriza. Esto, lo quiso substituir don Agustín Nieto Caballero conformando un pequeño independiente para que esa orientación que él propiciaba, se reflejara en todo su transcurso vital. Así, este insigne maestro lo que pretendió tendía a fomentar la creatividad de las gentes que llegaban a sus manos. A él debemos, audaces rumbos en la escuela y en la enseñanza secundaria. Su nombre, con otros valores de su generación, hicieron una verdadera revolución en todo el régimen que prevalecía, con su tenacidad, prédica y ejemplo. El año de 1920 hay que señalarlo como comienzo de un nuevo espíritu en la escuela colombiana.

LA REPUBLICA LIBERAL

La República Liberal, entendiéndose por ésta la era que comienza con Olaya Herrera y termina con el primer gobierno de Alberto Lleras, se caracteriza por una gran fe en el pueblo colombiano. Es la antítesis de la Regeneración conservadora de Núñez y de Caro. No fué sencillo para el liberalismo que esa confianza en torno de nuestros compatriotas, se aceptara. Al contrario. Ya vimos que la tesis de aquella época de fines del siglo, se singularizaba por su desprecio por nuestra grada humana. Un grupo de humanistas, que se consideraban herederos de toda la gracia hispanista, prolongaban la creencia de que esta mezcla racial nuestra, este mestizo, no tenía alma. Era apenas resultado de su cultura. Una prolongación de resabios colonialistas. Entonces, la batalla fue espectacular. Porque la República Liberal quiso apelar al hombre de la calle. Lo citaba para explicarle los rumbos del país. Lo emplazaba para que tuviera una amplia participación popular.

Naturalmente, había que hacer un gran esfuerzo porque ese individuo tuviera los dones de la formación intelectual. Y se alcanzó al-

go de lo cual debemos estar orgullosos: se despertó el deseo de aprender. Fue como una especie de ansia colectiva. Lo que hoy vivimos es un transunto de esas horas de permanente agitación cultural.

Quien desee saber cómo era de pobre, limitada y desorientada nuestra educación en el año treinta, que repase las páginas de un eminente jefe del conservatismo, el Doctor Eliseo Arango, quien dejó consignadas sus observaciones en su Memoria de Ministro de Educación. Y si alguien agudiza su espíritu de comparación, que revise la Memoria de Germán Arciniegas, en donde hay una síntesis que asombra por lo alcanzado y por las carencias anteriores. En ese momento, se hizo el planteamiento de cuál es la tarea de un Estado moderno. Ya no obedece a garantizar los simples y tradicionales servicios públicos, sino que sus deberes sociales se han ampliado y fortalecido. La república liberal aceptó esa misión.

Empezó, entonces, a desbaratar todo el andamiaje de la hegemonía, que era reflejo lejano de la Regeneración, especialmente en cuanto a la educación. Se volvió a pensar de 1930 para acá en ésta como función integral. Desde las escuelas normales, a las cuales se vincularon los más esclarecidos varones de ciencia del país y una serie de inmigrantes que aquí acercó la violencia de derecha en Europa. Todos integraron un equipo. Y Darío Echandía, Luis López de Mesa, Antonio Rocha, Jorge Zalamea, Agustín Nieto Caballero y otros más, principiaron a hablar de la coeducación, del deber del Estado de devolverle la salud a los educandos desnutridos por la supervivencia de una sociedad injusta, y nacieron las colonias de vacaciones. El Maestro Pedro Nel Gómez pintaba su fresco la "Mesa vacía del Niño" y el gobierno respondía con los restaurantes escolares. Se hizo una modificación de los sistemas tradicionales de alfabetizar en los medios rurales. Se vinculó a la Universidad Nacional a los más valiosos hombres del pensamiento y de la ciencia colombianos. A ella se le dió el sitio y el decoro que demandaba como centro de irradiación de la cultura nacional. El Ex-presidente López Michelsen analizando la obra universitaria de su padre en esa época, dijo que López Pumarejo "había introducido a los claustros la duda corrosiva del pensamiento económico y social".

Nada fue fácil. Qué multitud de dificultades se reunían para impedir la transformación. Cómo se estimuló la defensa de los derechos privados de quienes regentaban establecimientos sin control. Cómo fué de duro someter a grupos que holgazaneaban y, a la vez, reci-

bían buenos estipendios por mal educar a los colombianos. Don Tomás Rueda Vargas, otro gran Maestro colombiano, ha resumido esas duras experiencias en estas luminosas palabras:

“Es curioso observar cómo bajo el régimen federal de Rionegro en que la autonomía de las secciones tocó los lindes de la anarquía, y no pocas veces la pasó, la instrucción pública primaria y normalista, y la Universidad Nacional, se mantuvieron bajo la más severa unidad; y a la vez observamos, cómo bajo el régimen de la Regeneración, esencialmente centralizador, la instrucción primaria, la normalista y la universitaria, llegaron a un grado de dispersión tan extremado que han sido vanos los esfuerzos que para volver estos sectores de la educación nacional a la unidad necesaria para hacerla eficaz, hicieron varios mandatarios conservadores, y han intentado e intentan los gobiernos liberales del año treinta en adelante”.

A qué largo combate se tuvo que asistir. Cada medida la convertía la oposición en un estado de zozobra nacional. El modificar la Constitución para rescatar el derecho del estado para dar una orientación libre y democrática al pensamiento, estuvo rodeada de una atmósfera de protestas, declaraciones irrespetuosas, sentencias airadas, familias amenazantes. Un aire de guerra se respiraba por los caminos culturales de la patria. Y lo único que se estaba haciendo era recobrar las funciones que le correspondían al Estado. Por fortuna, nadie vaciló. Se sabía que una política educativa implicaba buscar una solidaridad social con la patria. Ella se proponía que fuera un servicio público como lo había sentenciado ya el General Santander. Y se quería llegar hasta el último estamento. No es posible ignorar que el liberalismo había reiterado, en sus programas, la obligación de hacer una revolución educativa desde la escuela hasta la Universidad. Y la estaba haciendo.

Ese momento es importante porque se pensó en una modificación de programas a todos los niveles. Y se inclinaba hacia la dignificación y exaltación de quienes daban la enseñanza. Si entráramos a examinar en detalle las disposiciones y medidas que se tomaron, haciendo una comparación con lo que presentaba el conservatismo como síntesis de su obra de gobierno, asistiríamos, guardando algunas pequeñas distancias a otro renacer como después de la colonia. El liberalismo estaba escuchando la admonición de don Dámaso Zapata cuando dijo:

“La generalidad de nuestros políticos no ha comprendido lo que es la escuela ni de cuánto es ella capaz. Además, pretender fundar instituciones democráticas sin dar a la escuela la importancia que debe tener, poniéndola en el grado más alto de los servicios, tanto vale como pretender navegar sin agua o hacer crecer las plantas sin luz ni calor. Nuestro país sería hoy una nación verdaderamente republicana, pacífica y rica, si el movimiento de la instrucción popular, iniciado por el General Santander, se hubiera continuado con un vigor progresivo por las administraciones siguientes”.

El liberalismo estaba recobrando, en esos momentos, el paso perdido en la conducción del porvenir educativo colombiano.

¿COMO HEMOS IDO EVOLUCIONANDO?

De la república liberal a esta época, han sucedido demasiados hechos conturbadores unos y, otros, de paz y esperanzas del pueblo colombiano. En la educación cómo hemos ido cambiando, es la pregunta que deberíamos formularnos. Y es necesario que nos detengamos en ella. Porque es bueno clarificar qué rumbos hemos ido aceptando imperceptiblemente.

Repetimos que una reforma educativa, debe ser un propósito integral. Y está dirigida a un interrogante que debemos absolver: cómo queremos que sea el hombre colombiano; cómo ambicionamos su conducta. Porque de ésta depende el perfil de la nacionalidad. De allí que sea bueno aclarar hacia dónde hemos avanzado.

Lo que existe en el mundo educativo colombiano, es una serie superpuesta de injertos. A principios del siglo, primó la escuela francesa, con los criterios de que la primaria era para el campesino; la media para sectores que debían aceptar su oficio de ayudar, cooperar y, de pronto, lograr algunas habilidades en oficios, y la Universidad para las élites. Como es lógico, es el criterio francés que prevaleció de que no hubiera movilidad social ni cultural. Eso sí, conservando una fachada atrayente: gratuidad, libertad de acceso. En la escuela se ha prolongado, inclusive hasta nuestros días, la concepción “lancasterista” del dictador de clases. En el año cincuenta, nos invadió el afán de regresar a algunos vicios hispanistas, que no pudieron arraigar porque el país había tomado los rumbos contemporáneos y su paso era demasiado acelerado para exigirle que frenara y se devolviera.

Después, por institutos medios y por algunas facultades, especialmente de medicina, se impuso el pragmatismo norteamericano. Igualmente, también se le hizo ambiente al psicologismo suizo, adoptando el sistema de las escuelas rurales, y del brasileño al darle importancia a las concentraciones de desarrollo rural. Parece que hay una tendencia para que prime lo técnico, como un simple tornillo de la sociedad consumidora.

Si nosotros vemos qué reformas se han efectuado últimamente, nos hallamos con la del 63, que se encaminó hacia la educación media.

En los años 77 y 78 todo se centró en la escuela. Y, finalmente, en 1980 llegamos a la universidad. Por lo tanto, tenemos mosaicos de iniciativas pero no un ánimo congruente para tomar la totalidad del problema desde la escuela hasta la Universidad. De suerte que hay muchas filosofías para manejar el problema educativo, pero no hay una sola, que es lo básico y lo que permite determinar un rumbo definitivo.

Tenemos reformas escalonadas. Eso es grave. Porque no puede haber divorcio entre una y otra: ellas deben obedecer a un programa concatenado.

Creo, igualmente, que se ha oscurecido un poco el sentido del maestro. Es necesario restituirle la conciencia que se le ha hecho perder: de apóstol que cumple un encargo trascendental como es el de la revolución de las mentes. Es urgente que le reintegremos, por lo tanto, su categoría. Quienes somos provincianos recordamos bien que la imagen de la patria la daba la trilogía del Juez, el Cura y el Maestro. Ellos fueron —y deben volver a ser— los pilares cardinales de nuestra organización social.

Sin un magisterio bien preparado, estaremos saltando, de sorpresa en sorpresa, en cuanto a la conducta de los colombianos. Prepararlo adecuadamente, debe ser uno de los fines primordiales del Estado. Nada logra éste con hacer enunciaciones teóricas, si no posee los elementos didácticos adecuados para darle al Maestro las guías indispensables para que éste conozca cuáles son los intereses nacionales, los regionales y qué esperan de él sus discípulos. No olvidar, por lo tanto, que para el colombiano lo esencial es entender, sentir a su país y darse cabal cuenta de que pelea por un

destino colectivo. No es posible que ocultemos la reflexión de Margaret Mead. Ella le dá gran valor a la enseñanza básica que "se imparte a todos los niños de una nación o cultura y las características posteriores que se observan en el comportamiento de los adultos dentro de la misma sociedad".

Es bueno anotar que en estas páginas solo he reseñado la parte creadora en torno a lo educativo. En ningún momento me he detenido en las "Contrarreformas", que siempre han ido en acción disociadora contra las manifestaciones de la educación libre, de la libertad de investigación, del acceso de las capas populares a cualquier centro educativo. Y se han caracterizado por actuar contra toda manifestación de robustecer, en esta materia, la función del Estado. Además, en la concepción de que la Universidad debía ser apenas una parte muy débil del poder público. Desde luego, ello hacía que los conceptos básicos de Universidad y de Democracia, se fueran resquebrajando.

Cada vez que hemos tenido en Colombia una tendencia clara hacia los objetivos educativos, se ha impuesto uno de dos sistemas: O se han traído misiones de pedagogos para dar orientaciones en nuestro medio; o se han fortalecido los normales o los sistemas para la formación de maestros. Se ha trabajado menos en cuanto al mejoramiento del profesor universitario. Y este es hoy tema central en todos los claustros importantes del mundo. Pero aún más: se ha descuidado totalmente el crear la conciencia —en la comunidad y en el mismo maestro, profesor o catedrático— de su respetabilidad, de su labor mesiánica, de su función esencialmente creadora de los perfiles de la patria. Esto se explica por qué no hemos tenido, ni tenemos muy claros los objetivos finales de la misión educativa.

El liberalismo si quiere conservar su ascendiente, que se prolongue y se convierta en conciencia indestructible, tiene que dirigir la educación. Lo único que cubre al país, la totalidad del país, son la iglesia y la escuela. Son las instituciones capitales que se prolongan como la más visible sensación de unidad nacional. El maestro está diciendo, en cada rincón de la patria, qué clase de país es el que queremos conformar, acentuar en sus perfiles, proyectar hacia el porvenir.

UNIVERSIDAD PRIVADA Y DEL ESTADO

Tenemos una universidad privada muy fuerte y organizada, mientras vemos que la pública sufre continuos embates. Creo que no hemos tenido respecto de ésta, en los últimos años, un espíritu acerca de ella y su misión. Inclusive porque le ha tocado ser dirigida por muchos ministros conservadores. Vuelve a ser valedero aquello de que no se puede hacer concilio católico con pastores protestantes.

La tarea que cumple la universidad privada, es importante. Nosotros somos producto de ella. Pero el Estado no puede renunciar ni a vigilarla, ni a someterla a los propósitos que tenga enunciados como culminación de su acción en el desenvolvimiento de la cultura nacional. En cuanto a este aspecto, el liberalismo ha tenido claridad en sus tesis.

El criterio que predomina en el liberalismo, es de que hay unos derechos espirituales, que se deben salvaguardar. Ellos son la libertad de pensar y de expresar el pensamiento y, a la vez, de profesar cualquier religión sin que el individuo sufra persecución. Pero, desde luego, lo primordial es la libertad de enseñanza y, como consecuencia, de investigación. Esto conduce a una inevitable obligación del Estado de crear las condiciones económicas, materiales y pedagógicas. Es decir, que el hombre del pueblo halle los medios culturales, que le permitan prepararse para enfrentar, en nuestro país, la dispersión geográfica y la demanda de nuevas tecnologías en un estado moderno.

Sin aceptar que la educación sea un monopolio del Estado, sí predica el liberalismo que ella es una función social de éste. Durante mucho tiempo, como interpretación de la Constitución del 86, básicamente de la política de los gobiernos conservadores que confundían al clero con sus intereses, se propaló la tesis de que la educación correspondía a los padres de familia y a la Iglesia y que al Estado sólo le tocaba suplir las deficiencias.

La Reforma Constitucional de 1936, corrige esas desviaciones. Y le devuelve al Estado la facultad de intervenir en todos los aspectos de la educación. Es un principio que no se había aplicado. Al hacerlo, los gobiernos liberales han tenido que afrontar debates, rechazos, protestas de la Curia, del conservatismo, de los educadores

particulares. Pero no se puede renunciar a ese principio porque sería dejar la educación suelta, sin rumbo y sin brújula. Sería tanto como abandonar el mayor deber con la comunidad.

Pero es bueno anotar que el partido ha ido abandonando sus propósitos. Tiene como temor a presentarlos, defenderlos, combatir por ellos. Cada día más al margen la universidad del estado. En la actualidad se encuentra en manos secundarias, en muchas regiones

del país. Los intelectuales del liberalismo, sus más altos exponentes en la cultura, no quieren tener contacto con los claustros. Viven distanciados de ese ambiente, que es el medio natural para que puedan irradiar su cultura. A la vez, por un fenómeno económico, se van alejando los científicos y vemos que los utiliza el sector privado, sin que la Universidad trate de rescatarlos. Y no por falta de dinero; sino porque permitimos que la universidad del Estado se burocratice y vaya dejando de lado sectores tan esenciales para el pensamiento como ese, al destinar sus fondos a cubrir caprichos sociales de unos empleados voraces o reclamos de servicios que ella no debe sostener.

Se ha planteado el abismo —dice José Emilio Pacheco— que “separa a los intelectuales de los científicos. Si las humanidades y las ciencias se apartan no habrá sociedad capaz de pensar con cordura”. La educación no está en capacidad de eliminar todos los problemas. Pensarlo así sería ingenuo. Pero sin ella, no estamos siquiera en camino de plantearlos adecuadamente. Para Alfonso Reyes, humanista es “el hombre consciente de sus responsabilidades sociales”. Las diferencias en la Sociedad de todo orden, y en especial las económicas de esta época, se combaten también, con el enfoque científico y filosófico que se le dé a los interrogantes angustiosos de nuestra comunidad.

El afán social de la época, mal interpretado, nos ha llevado a desvirtuar el verdadero empeño de las aulas. Hemos ido haciendo tanta concesión al educando para apaciguarlo— que ya no sabemos dónde comienza la labor docente y dónde se inclina por otros frentes extraños. Los planes superpuestos, le han desfigurado la identidad a la misión que deben cumplir aquéllos. En la medida en que la universidad pública persista en el vicio de la burocratización, estaremos todos los días más enfrentados a que aquélla se vea sometida a las arbitrariedades, antojos y resabios de quienes urden esa sutil maraña.

LA SITUACION DE LA UNIVERSIDAD CONTEMPORANEA

Las universidades, en todo el mundo, asisten a varias crisis. No es un fenómeno colombiano. Pero aquí le cargamos la mano, duramente, a la que es del Estado. En esa forma desacreditamos lo que ésta realiza, y fortalecemos las particulares. Es parte de una campaña, casi secular. Va tomando, como es elemental, diferentes modalidades.

Las causas de perturbación en los claustros, tienen varios orígenes. Enunciamos los más prominentes: la demanda de dar un conocimiento especializado, que modificó todo el régimen anterior; el tener que dar soluciones a un Estado con materias muy disímiles en su engranaje social, político, económico; la diversidad y riqueza de información que muchos profesores no han querido estudiar, porque para educar es indispensable conocer. El conflicto entre los técnicos y los humanistas, se hace evidente en las aulas. El marxismo creó tal número de objeciones a lo existente, que para refutarlo adecuadamente, han pasado varios años de análisis y reflexión, en medio de rechazos y perplejidades. La planificación en la economía contemporánea, requiere un tipo de profesional con muchos conocimientos científicos y generales. La revolución industrial, científica, religiosa, ha sido acelerada y donde se hace más evidente es en la universidad del Estado, que es la que tiene más obligación de recibir, con ademán abierto, cualquier planteamiento cultural o la más insólita demanda de solución que se le formule. La interdependencia de los pueblos, ha conducido a variar muchos de los juicios tradicionales, que se han roto o han desaparecido triturados por la competencia internacional. Las ciencias sociales, relativamente jóvenes, han ayudado a replantear la totalidad del cauce cultural tradicional, que se consideraba sólido y con prestigio para resistir. Ellas, inclusive, descubrieron que muchas partes de nuestra autenticidad, estaban recubiertas de un decorado postizo. La presencia de la mujer hizo trizas multitud de tesis que antes se ceñían a las demandas exclusivas de los varones. Y su presencia, ha traído una revolución en las relaciones inter-humanas. La actual sociedad cada día plantea criterios antes desconocidos. Y la apatencia de llegar a la cultura, nos ha conducido, también a una demanda masiva de cupos.

La Universidad no puede ser de escuchas positivos o de lectores sin juicios para proponer al análisis. No. Hay un cambio en el sentido de que la cátedra es crítica.

Se asiste a una revolución en la educación en el mundo. No será parte de ella, ¿las huelgas de maestros, las de los estudiantes, la inquieta predisposición crítica de quienes tienen contacto con la cultura? Hay un desajuste y es evidente. Perteneíamos a una sociedad que tenía muy claramente delimitadas sus Jerarquías. Hoy éstos no se acatan.

El signo contemporáneo es el cambio. Por todas partes oiremos pregonar que es necesario destruir las estructuras en que estamos asentados. Y ellas crujen y cuando menos se piensa, desaparecen. Si no existe una educación para ese nuevo mundo, estamos ante la perspectiva de un caos. Por ello mismo, el proceso de cambio en la educación nos corresponde a todos, sin licencias para nadie.

No hay que equivocarse en que todas las gentes, sin exclusión, reclaman hoy mejores oportunidades de estudio. Que las posibilidades de llegar a la Universidad se amplíen, sin discriminaciones. Es porque el pueblo tiene conciencia de que es la única manera de promover su propio desarrollo y, de participar en todo el proceso general de crecimiento del país.

Un problema que tenemos que enfocar con un criterio de comprensión, es el de la agitación universitaria. Ya es tiempo de que nos demos cuenta de que no es solo en Colombia, sino que es un fenómeno universal; y obedece a múltiples causas. Lo único que se ha logrado establecer, hasta el momento, es que el simple tratamiento de orden público, no es suficiente ni cancela la inconformidad. Además, que la falta de política de los partidos en cuanto a la universidad del Estado, ayuda a incrementar la protesta y la exacerbación. Estos, nos están indicando que algo anda mal interiormente. Pero la mejor manera de eludir el problema que han encontrado nuestros gobiernos, es apelando a dos recursos igualmente inoperantes: cerrar las aulas o ejercer la represión.

Herbert Marcuse, en la entrevista que publicó en "L' Expresso" en mayo de 1968, que concedió a Mauro Calemandrei, sostenía que los temas que fundamentalmente inquietaban a la juventud, eran tres, hasta producir una rebelión moral, política y sexual: "estos jóvenes no creían ya en los valores de un sistema que trata de informar y absorber todo". El, considera que, en el fondo, la muchachada lucha contra toda forma de patilismo, y en especial contra el "Consumo inútil", que no logra darle al hombre los recursos más elementales para vivir. Y añadía en conversación con Michel

Bosquet: "creo que la violencia de los estudiantes es sólo la respuesta a la violencia institucionalizada de las fuerzas del orden. Aspiran a un mundo donde la competencia, la lucha de los individuos entre sí, el engaño, la crueldad y la masacre, no tengan ya razón de ser". Es innecesario aclarar que Marcuse tiende con su pensamiento a producir un movimiento hacia un socialismo revolucionario. Pero ello no excluye que tenga claridad en el enfoque de muchos de los temas esenciales de la agitación universitaria contemporánea.

La ciencia y la tecnología han avanzado tanto, que Edwards A. Burroughs, viendo la rapidez con que ello sucedía, propuso que a los hombres de pensamiento se les concediera vacaciones por diez años para que el mundo alcanzara a ponerse a tono con ellos. Naturalmente esta precipitada carrera hacia el conocimiento, en todas las áreas, nos obliga a tener una universidad capaz de seguir la evolución de las investigaciones. Para ello es menester dedicación del profesorado, ayuda de laboratorios, vigilante e inquisidora impertinencia del estado para reclamar la constante modernización del pensamiento científico. Esta mirada crítica es la que corresponde, básicamente, al universitario.

Lo laberíntico, por lo tanto, viene de mil frentes.

NOS HEMOS ELIMINADO LOS PROBLEMAS

Avanzamos en cuanto al aumento en el número de cupos, y el estado le ha dado a la educación muchos auxilios económicos. Pero no se ha concluído la labor que nos propusimos como partido. Aún persiste una mala formación cultural en muchos de los maestros y profesores. Ello conduce a que ellos mismos fomentan el desorden para no verse ante la urgencia de explicar materias que desconocen.

La escuela no está adecuada al país, y a pesar de que por ello se ha insistido multitud de veces, subsisten y se acrecientan los vicios y se produce la deserción escolar. Por tener una tan desequilibrada y aberrante distribución del ingreso nacional, tolerando una indebida e irritante concentración, el empleo prematuro de los niños se ha vuelto un írrito desafío a la sociedad colombiana. Los resabios y discriminaciones que prevalecen desde la escuela primaria y en todo el régimen educativo, conducen a que desde la niñez se levanten muros y a algunos pocos seres se les señalen como socialmente predestinados. Es algo que depende del desarrollo que se le ha impues-

to al país. Sólo el 1.1% de quienes llegan a las escuelas, pueden hacer el recorrido hasta la Universidad.

El Maestro Luis Alberto Sánchez, en diálogos amplios cuando dictábamos en Lima un curso de Reforma Agraria en la Universidad Mayor de San Marcos, y él era su Rector, nos aseguraba que "un país que vive, ha vivido, o pretenda vivir a espaldas de la Universidad, no puede ni podrá realizar sus destinos, ni progresar de veras. Además carecería de derecho para ello". Y con ademán efatizaba que "sin el producto humano de sus Universidades, ni Estados Unidos, ni Francia, ni Suecia, ni Venezuela, habrían alcanzado el nivel que hoy tienen".

LA UNIVERSIDAD PRIVADA

Nadie responsablemente puede estar en lucha contra la Universidad Privada. Pero se debe señalar cuáles son las diferencias básicas con la del Estado. Aquella, por su origen, en ocasiones corresponde a una orientación religiosa o económica. A veces la encarna, sin tener que ocultarlo. Está preparando gentes para lo que representan y entrañan. Y es lo lógico.

Las Universidades privadas no siempre han sido creadas por afán de lucro, como lo plantean algunos de sus críticos. Ellas han nacido por móviles más altos. Puede que todos no los compartamos, pero otros sí nos dan la medida de la capacidad idealista de grupos de colombianos. Y en la última época, otros han venido a cubrir sitios abandonados por la acción oficial.

Es bueno precisar que cuando aquí, como consecuencia de la Regeneración conservadora, se hostilizaba abiertamente la simple posibilidad de matrícula del alumno por estar su familia afiliada al liberalismo; o por los resabios religiosos o por los prejuicios contra los hijos naturales, los doctores Diego Mendoza Pérez y Nicolás Pinzón W., se vieron obligados a fundar la Universidad Externado de Colombia que tenía otra función primordial, cual era abrir la investigación, cerrada en ese entonces a nombre de la verdad revelada de un partido. Así apareció también, la Universidad Republicana. La Universidad Libre, que fundó Benjamín Herrera, después del acuerdo aprobado en la Convención de Ibagué, tendía a permitir el acceso a las gentes jóvenes a un claustro abierto a todas las posibilidades culturales, sin cortapisas.

La Universidad Pontificia Bolivariana irrumpió como una reacción contra la política educativa de la "República Liberal". De suerte que estos ejemplos nos permiten establecer que, en algunas creaciones universitarias privadas, han primado ciertos desvelos simplemente de carácter de defensa de unas creencias. Sin olvidar, desde luego, lo que ya desde el año de 1935, señalaba el Maestro Darío Echandía: "El hecho lastimoso de haberse convertido la educación de la juventud en un negocio que si lícito, llega a veces a tomar acentuados caracteres de fraudulencia que la gran mayoría de los colegios de segunda enseñanza no pasan de ser lugares de hacimiento en que se maltrata la salud e inteligencia de los mozos colombianos; que en la expedición de certificados y títulos se pretende muchas veces engañar al Estado y con él a la sociedad y que en ese engaño, por culpa de la lenidad mantenida hasta ahora, se cuenta en casos con la misma complicidad de los padres de familia, olvidados del provenir de sus hijos".

La universidad del Estado, al contrario, tiene que estar abierta para todos. Pero básicamente a la investigación sin controles; al examen sin otro afán que el esclarecimiento de las tesis, luchando por cumplir los fines de identidad con la libertad, con la democracia y con un desarrollo social, que es lo que se propone el estado colombiano. Ninguna otra utilidad puede supeditar el paso de la inteligencia por las aulas públicas.

UNIVERSIDADES DEPARTAMENTALES

El país mira con angustia la proliferación, más que de universidades departamentales, la coexistencia en ellas de las mismas facultades clásicas, ya establecidas en el país.

Hay un tema que es necesario explorar con cuidado y que dará oportunidad para muchas reflexiones en el futuro. Podríamos enunciarlo diciendo cómo va a ser el futuro de las relaciones culturales en el complejo mundo que se va integrando con las diversas y desniveladas universidades que conviven en Colombia. Es tan compleja la materia que ni siquiera nos atrevemos a formular una hipótesis aproximada. Pero ya es un problema. Que no se quiera encarar, es una manera de prolongar la demanda de claridad. Y cada día, la necesidad de ésta será más angustiosa.

El criterio al propiciar las universidades regionales, es crear sitios donde se enseñen diversos conocimientos que se faciliten carreras

no establecidas académicamente en el país; que vayan completando, entre todas, la red cultural que nos debe unir. La Universidad de provincia debe servir para identificar los valores regionales, destacar sus tradiciones culturales, etc. Así se va fortaleciendo el gran tejido de las identidades nacionales.

Dentro de una política educativa total que realmente enfrente el problema en todo el país, se debe evitar la duplicación innecesaria de las mismas facultades, de idénticos programas de investigación. Esto es apenas consecuencia de los resabios de la Universidad tradicional, que impuso sus escuelas separadas, sin capacidad ni de integración ni siquiera en su propio claustro y menos a nivel nacional. Además, en un país donde los recursos económicos educativos no se pueden dilapidar, no es aceptable esa modalidad: hay que evitar que se amplíen carreras en forma vertiginosa.

Creo que nos desviamos de los objetivos al autorizar facultades a la loca. Y naturalmente, los gobiernos ceden a las presiones de los partidos, a las sociales, a las simplemente clientelistas, por no tener definida una política educativa. Así estamos llegando al mal profesional, porque la universidad departamental no puede entregarle los elementos que ya se han consumido —en categorías intelectuales o en simples laboratorios— en otros sitios de la patria. Vamos entregando al mercado nacional un profesional predispuesto para el resentimiento. Considero que es ineludible definir en la totalidad este tema, que seguirá perturbando el proceso educativo colombiano.

Debemos reexaminar el problema educativo con máxima atención. No debe ser un propósito abandonado a la suerte de quienes nos gobiernan. Es un tema que nos compromete a todos. Al tomar un camino sin tantas vicisitudes, oscilaciones y desorientaciones —para decir lo justo— lucharemos contra la violencia que estamos incubando en un profesional que formamos enfrentado a muchas dificultades: falta de ocupación; mala preparación que lo lleva al fracaso y la protesta desesperada; incapacidad por carencias en lo que le entregaron las propias aulas y lo convierte en espíritu combatiente, no por la verdad, sino por el desorden, en un baldado mental, sólo capaz de proponer la aventura de la destrucción y del rencor para su propia comunidad.

El profesor Lucio Mendieta y Núñez, nos ha dado una guía que es bueno consultar. El ha dicho: Si de lo que se trata, actualmente,

en los países capitalistas es de ofrecer, frente al comunismo y al socialismo, un mundo basado en la libertad, en la democracia y en la justicia social, es urgente que en las universidades se empiece a formar un nuevo tipo de profesionales preparados al efecto, puesto que a la juventud de hoy le tocará la creación y la organización de aquel mundo y ante esa magna tarea nadie debe permanecer indiferente.

QUE MAS PUEDE HACER LA UNIVERSIDAD

Entre sus funciones, debe ayudar a los cambios, o es una universidad cerrada al progreso. Servir para romper el subdesarrollo.

No pretender crear una nueva cultura, sino acentuar los caracteres de lo que nos ha venido distinguiendo.

Hay inquietud con la Universidad que tenemos. Hay una observación del Profesor Darcy Ribeiro. El dice que "todas las universidades están descontentas consigo mismas". Es consecuencia de haber sido centros académicos cerrados, apenas para el usufructo de unas élites.

La universidad al acentuar su carácter de reveladora de la unidad nacional, debe utilizar las enseñanzas anteriores del proceso de formación de ella, para que de allí arranque la identificación del país que actualmente confrontamos.

La Universidad sola, apoyada en sí, puede alcanzar sus metas de transformación, siempre que haya una voluntad predominante en la comunidad, de modificación de las estructuras sociales y económicas. Y así entra en el cambio la Universidad. La realidad es que se señalan esas mutaciones verbalmente, pero no se llevan a las políticas del Estado. La Universidad actúa en su medio y de éste depende parte fundamental de lo que pase en aquella.

La Universidad prepara el tipo de conductor que le reclama en el conglomerado social: de élite, para un clima de reformas, para una renovación de criterios en la política, en la comunidad, en el Estado. Si quienes dirigen éste, no tienen vocación de transformación, aquella sufre un desgaste y conduce a la insatisfacción en educandos y profesores. Y esto se proyecta hacia la calle, que espera que de su centro científico parta su renovación.

Las aulas reflejan, en agitación, parte del clima social que vive el país. Eso es inevitable. Nuestros conflictos colectivos internos, allí tienen su eco. Los del mundo exterior, sacuden sus muros. Como también es indicativo de conmoción, el hecho de que habrá aumento en el número de aspirantes a estudios superiores. Y esto hay que preverlo. Hay necesidad de resolverlo positivamente por parte del gobierno. Y como lo dice el doctor Jaime Benítez, Ex-Rector de la Universidad de Puerto Rico, "la experiencia de los pasados veinte años ha establecido ya como axiomático que el saber superior constituye la fuerza de transformación social más poderosa y eficaz del mundo moderno".

Donde el orden tradicional puede ser puesto en entredicho, es en la Universidad. Por la sencilla razón de que si hay un profesorado activo, lleno de inquietas advertencias ante el mundo —no burocratizado— está planteando mutaciones al conjunto social. Y a ello contribuyen las gentes jóvenes —aun cuando vengan de ciertos estratos sociales— pues es la edad en que el espíritu está más abierto a las grandes mudanzas sociales. Aún no están sometidos al orden tradicional.

Si la Universidad cae en manos de mentes no lúcidas, en cuanto a lo que ellas puedan conseguir o de quienes tienen una política sectoria, estaremos ante el desorden.

Una modalidad que se debe incrementar, son aquellas actividades que le dan un carácter creativo a la Universidad. Su obligación es investigar y proyectar una imagen de los problemas nacionales. Así se evita que seamos apenas eco de otras culturas o campo fértil para la subyugación intelectual externa. En la medida en que el país sienta que su Universidad sí comprende sus problemas, el manejo de las identidades nacionales, es más simple.

LA REFORMA UNIVERSITARIA ACTUAL

El gobierno, en desarrollo de la ley 8a. de 1979, que le dió autorizaciones, ha dictado una serie de decretos hacia la reforma universitaria. Ya se han levantado voces contra ellos. Se han presentado multitud de demandas ante la Corte, tratando de que no se apliquen algunos artículos en los cuales el Estado exige a los sectores privados de la educación que se sometan a la vigilancia del gobierno y reemplacen su estructura de negocio por la de fundación sin ánimo de lucro.

En un denso ensayo del doctor Ramsés Hakim Murad, Director del Icfes, se leen estas palabras que dan claridad a los alcances de dichas disposiciones. El dice con convicción:

Esta reforma hace énfasis en lo cualitativo, en el incremento de oportunidades de acceso, en la investigación, en el desarrollo integral de la persona que se educa, en la convergencia de los objetivos y políticas institucionales con los objetivos y políticas que guían el desarrollo regional y nacional, en el mejoramiento sostenido de la calidad del quehacer académico de las instituciones, la reforma propone la formación de hombres con suficiente capacidad intelectual para asumir con plena responsabilidad las opciones teóricas y prácticas encaminadas a su perfeccionamiento personal y al desarrollo social".

Estas apetencias encajan dentro del sentido de libertad y democracia, que aquí destacamos. El artículo segundo del Decreto 80 de 1980, le dá el acento que debe conducir la educación cuando dice: "tiene el carácter de servicio público y cumple una función social". Nadie puede dejar de expresar su complacencia por estas declaraciones que se ciñen a un justo y lógico principio de libertad de cátedra, de apertura para la investigación científica, de devolverle a la universidad su sitio para que se manifieste la síntesis de la tendencia cultural de la patria.

Naturalmente, la reforma tiene enemigos. Contra ellos hay que estar precavidos. Allí no termina nuestro encargo. Falta mucho por hacer dentro del deber integrador que he querido señalar como esencial para poder enfrentar el problema educativo colombiano.

Si tuviéramos tiempo suficiente, podríamos hacer otros análisis en torno a las reformas educativas a que aquí hemos hecho referencia. Ellos serían, por ejemplo, acentuar cómo la de Santander se encaminaba a luchar contra todos los resabios mentales de la Colonia. La de los Radicales coincidía con el quebrantamiento del feudalismo colombiano, que era una prolongación económica de la Colonia, no suficientemente extirpada. Cuando la República Liberal, era parte del eco de los avances que produjo la primera guerra: sindicalización, salario mínimo, jornada de ocho horas, seguridad social, reforma universitaria. De suerte que ellas han obedecido, a una serie de circunstancias sociales y económicas. No son afanes erráticos. Al contrario, están centrados en la realidad colombiana.

CIFRAS QUE ESTREMECEN

En un estudio del Profesor Javier Ocampo López, hallamos datos que realmente estremecen. Repasemos las cifras reveladoras, unidas a su juicio crítico. De mil niños que llegan a la edad escolar, doscientos treinta no van nunca a la escuela. De los 770 que se matriculan, trescientos cincuenta y siete pasan a tercero y sólo 256 terminan quinto. De los que llegan hasta aquí: ciento diecinueve se matriculan en primero de Educación Media: sólo ochenta y seis pasan a segundo y apenas treinta y siete terminan el sexto. De éstos, veinticinco entran a la Universidad; quince desertan del tercero y sólo once terminan la carrera profesional.

La conclusión del Profesor es aún más dramática. El, se pregunta: Qué aspectos nos indican las cifras anteriores?

- 1o. Un grupo de analfabetos absolutos que comprende el 230 por mil;
- 2o. Un grupo de analfabetos funcionales, con uno o dos años de escolaridad que comprende el 413 por mil;
- 3o. Un grupo de trabajadores sin profesión, con escuela primaria completa, que comprende el 238 por mil.

Ese es el panorama nacional. He dicho que el liberalismo no ha terminado su labor. A no ser que renuncie a ella por complacencia con grupos de presión o, simplemente, porque ha agotado su capacidad para volver a replantearse el problema educativo como todo un problema integral. Que no puede solucionarse con reformas parciales, ni con injertos de sistemas educativos, como ha venido sucediendo en los últimos años. El liberalismo tiene que asumir una reforma integral que comprenda desde la escuela hasta la universidad. De resto, tendremos una serie de buenas medidas educacionales. Pero no tendremos una política educativa en el estado colombiano. Nosotros creemos que el liberalismo ha aceptado que se educa para que se comprenda; se ame, se sirva, y el educando se identifique con el país.

Creo que aún nos queda demasiado camino para hacer una revolución educativa. Ojalá no hayamos perdido la voluntad creadora, como partido, entre la polarización de la inmoralidad y el Imperio de las ansias burocráticas.